

4. LA DOCUMENTACIÓN DE CARLOS POSAC (1944)

4.1

RECUERDOS
DE MIS EXCAVACIONES EN TOTANA

CARLOS POSAC Y MARILÓ POSAC

4.1 RECUERDOS DE MIS EXCAVACIONES EN TOTANA

*Carlos Posac Mon
y Mariló Posac*

Corría el año de 1940 cuando inicié los estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Por aquella época, los planes de educación contemplaban como comunes los dos primeros años de todas las ramas y para especializarme en Filología Clásica, como era mi deseo, tuve que trasladar el expediente en 1942 a Madrid, concretamente a la Universidad Complutense. Durante mi último curso académico entre las asignaturas optativas que debía seleccionar me decanté, entre otras, por la de Historia Primitiva, cuyo Seminario estaba dirigido por D. Julio Martínez Santa-Olalla que, además de Catedrático, era Comisario de Excavaciones Arqueológicas y como tal se había propuesto llevar a cabo una serie de investigaciones en los yacimientos arqueológicos del sureste español, puesto que estaba convencido de que en esa zona se hallaban las raíces de la civilización de la península ibérica de tiempos antiguos, basándose en los vestigios que allí se habían ido encontrando desde el siglo XIX.

El Seminario de Historia Primitiva llevaba a cabo también en esas fechas la implantación de una novedosa experiencia en la técnica de la arqueología de campo, hasta entonces unipersonal, contando con miembros del citado Seminario para colaborar en diferentes trabajos, aportando con ello un nuevo espíritu colectivo y más enriquecedor a aquel Seminario.

Precisamente durante las vacaciones de Semana Santa del año de 1944 el profesor Martínez Santa-Olalla decidió enviarme junto con mi compañero Eduardo del Val Caturla a un pequeño pueblo de la provincia de Ávila, denominado Diego Álvaro, para que nos iniciásemos en la práctica de la arqueología, ya que el maestro de la localidad Arsenio Gutiérrez Palacios, gran aficionado a esta ciencia había descubierto, al parecer, numerosos vestigios de un yacimiento de los primeros tiempos medievales.

Pocos meses más tarde, en junio de ese año, finalicé mi licenciatura con éxito y regresé a Melilla que era donde, por aquel entonces, vivía mi familia dispuesto a disfrutar de unas merecidas vacaciones.

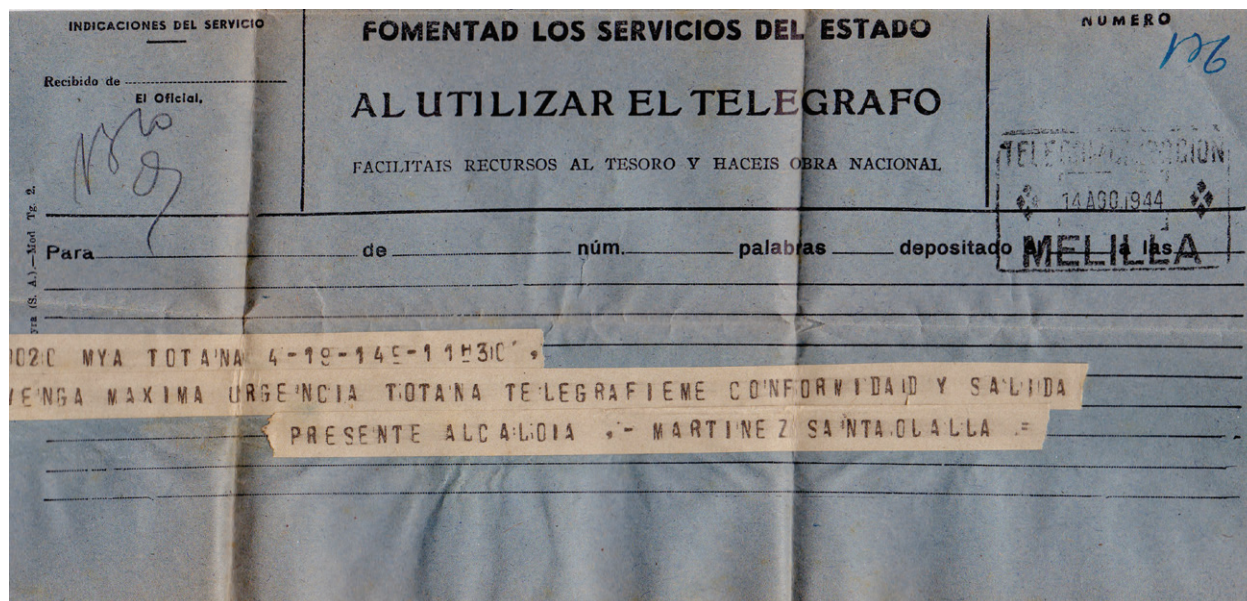
Por su parte, D. Julio Martínez Santa-Olalla contando con la colaboración y entusiasmo del Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Almería, D. Juan Cuadrado Ruíz, gran conocedor de la riqueza de la provincia de Murcia, decidió organizar dos excavaciones para ese mismo verano: una en Archena a la que llamó para colaborar a Julián San Valero Aparicio y a Domingo Fletcher Valls y otra en Totana. D. Julio tenía conocimientos claros y ciertos de que en el yacimiento de La Bastida de Totana, desde finales del siglo XIX, habían ido apareciendo numerosas pruebas fehacientes que constataban que estábamos ante una cultura del bronce II mediterráneo conocida posteriormente como Argárica.

El 7 de agosto D. Julio Martínez Santa-Olalla y Bernardo Sáez Martín, junto con D. Juan Cuadrado Ruiz decidieron iniciar las excavaciones en la zona de La Bastida. Los magníficos hallazgos iniciales llevaron al profesor Martínez Santa-Olalla a solicitar, días más tarde, la colaboración e incorporación al citado yacimiento de una serie de antiguos alumnos pertenecientes a sus clases del Seminario de Historia Primitiva tales como Eduardo del Val Caturla y Carlos Posac Mon.

Así, un telegrama urgente llegó el día 14 de agosto a mi casa de Melilla, con el consiguiente sobresalto para toda la familia. Pues, en aquellos tiempos carentes de toda clase de medios de comunicación, los telegramas solían ser objeto por regla general de “malos augurios”. Con gran nerviosismo no tardé en abrirlo.

El telegrama decía textualmente (Fig. 1): *“Venga máxima urgencia Totana. Telegrafieme conformidad y salida. Presente Alcaldía. Martínez Santa-Olalla”*.

Sin pérdida de tiempo, tal y como se me solicitaba, organicé mi viaje. En un barco mercante que hacía la travesía desde Barcelona a Canarias y que había hecho escala en Melilla con rumbo a la ciudad de Cartagena llamado “*El Ebro*” y que sólo contaba con una docena de pasajeros inicié con una gran ilusión mi traslado hacia Totana. Cuando llegué a Cartagena, cogí un hotel céntrico y me fui a recorrer la ciudad, haciendo tiempo además para poder enlazar con el tren que al día siguiente me habría de llevar a Totana. Con mi despiste habitual, no me percaté del nombre del hotel en el que me había alojado y cuando llegó la hora de regresar me sentí perdido pues había olvidado completamente cómo se denominaba, lo que me imposibilitaba, además, para preguntar por su ubicación. Así es que, a pesar de mi total desconocimiento de la ciudad, con gran esfuerzo pude recordar que al lado del citado hotel había visto unas vías de tranvía. Basándome en el sentido común deduje que, en la localidad, sólo existiría una línea por lo que decidí irme guiado por los railes puesto que



^

Figura 1.

Telegrama original en el que Martínez Santa-Olalla indicaba a Posac que se presentase en Totana.

tarde o temprano llegaría a la calle en donde estaba hospedado, como así sucedió.

Por fin, el día 18 de agosto, un viernes llegué a Totana hace ahora casi 70 años. Por aquel entonces el pueblo contaba con muy pocos habitantes. En el entorno de La Bastida había algunas casas de campo diseminadas, basadas única y exclusivamente en la economía de auto-subsistencia y la verdad es que los únicos forasteros que habíamos pasado por allí éramos los del equipo de las excavaciones arqueológicas. No había por tanto ni hoteles, ni posadas pero D. Julio Martínez Santa-Olalla había organizado previamente que nos alojaríamos en una de las casas de campo ubicada en el Cejo del Pantano cuyo propietario D. Vicente Andrés y su familia nos dieron toda clase de facilidades y nos trataron maravillosamente. En esos años existía el racionamiento y con los alimentos que nos asignaban en las cartillas a los del equipo arqueológico la familia de D. Vicente podía también disfrutar de ciertos artículos de lujo inexistentes e inalcanzables para ellos. Como la casa era espaciosa a mí me adjudicaron una habitación modesta pero individual y pude disfrutar de la paz y la tranquilidad de aquella zona.

Al día siguiente, un sábado 19 de agosto inicié mi primera excavación arqueológica en La Bastida y a partir de esa fecha comencé a escribir en el cuaderno de campo

todas las incidencias y resultados que más tarde quedaron recogidos, definitivamente para la posteridad, en las Memorias publicadas por el Ministerio de Educación Nacional y que no voy a repetir para no reiterar detalles que son fácilmente localizables (Fig. 2).

Simplemente citaré mis primeras impresiones plasmadas en dicho cuaderno y que se iniciaban con estas líneas:

“ Hoy comienzan mis investigaciones arqueológicas en Totana. El punto en que la excavación tiene lugar es conocido con el nombre de Cabezo de la Embestida, corrupción fonética de su verdadero nombre que es La Bastida.

Tras unos cuatro kms. de camino que a menudo solo alcanza la calidad de senda llego a la casa conocida con el nombre de casa del Cejo del Pantano, donde radica el C-G del Cuerpo Expedicionario arqueológico. Sólo está D. Julio con quien me encamino al lugar del trabajo. A tal fin tomamos como eje de marcha una rambla, interrumpida por el muro de un pantano que frenó el agua hace dos o tres siglos a lo sumo.

El cerro de la Bastida se levanta empinado en la margen izquierda de la rambla (o sea a nuestra derecha). Los trabajos preliminares han despejado un pequeño espacio, estamos a 1/3 aproximado de la altura y en el SE del cerro. Hay 9 obreros y un capataz.

Hasta ahora los picos han hecho patentes varias construcciones; para facilitar el trabajo que se hace siguiendo la directriz de los muros descubiertos se divide lo descombrado en 4 departamentos, cuya descripción remito para cuando el trabajo de limpieza haya concluido.

En el D-3 (D. por Departamento) apareció una cista constituida con laja de yeso cristalizado, dió un vaso argárico de perfil típico (V-1) y una alabarda de bronce que todavía no he visto. En el muro de separación de los Departamentos 2-3 aflora la boca de una urna de gran tamaño.

Probablemente saldrá otra urna en el D-1 pues aparece una losa de yeso redonda colocada en posición vertical...

Al fondo del D-1 aparece muro de cierre.

Pagamos los jornales:

7 a 12 pesetas

47 a 11 pesetas

Total 601 pesetas”

Días más tarde, el profesor Martínez Santa-Olalla se retiró y nos quedamos nosotros al frente de las excavaciones.

>

Figura 2.

Carlos Posac (izquierda) y Eduardo del Val (derecha) en La Bastida, a finales de agosto de 1944.



Hay muchos detalles que he olvidado con el paso de tantos años pero voy a citar algunos, sin importancia científica, pero curiosos y que recogen ciertos momentos que vivimos en aquellos días (Fig. 3). Precisamente recuerdo, con total nitidez, una anécdota casi terrorífica que sufrí una noche en la habitación en la que me albergaba. Estábamos encontrando muchísimas tumbas en cistas y en urnas en donde aparecían numerosos esqueletos, todos ellos en posición fetal. Estos restos óseos los recogíamos con todo el respeto que merecen y los íbamos guardando y clasificando en nuestras respectivas habitaciones llenas, además, de toda clase de materiales procedentes de esas excavaciones. He de explicar que lógicamente la

casa de D. Vicente Andrés carecía de luz eléctrica, por lo que cuando se ponía el sol y cada uno nos retirábamos a nuestras dependencias, como yo no fumaba no tenía ni cerillas para poder alumbrarme, por lo que la oscuridad era total. Una noche, cuando ya llevaba un rato acostado y estaba tratando de conciliar el sueño empecé a oír una serie de ruidos extraños dentro de mi habitación. Agudicé el oído y me pareció comprobar que aquellos ruidos procedían de huesos que se arrastraban por el suelo. Al principio pensé que podía tratarse de una broma, pero los ruidos de huesos moviéndose de un lado para otro no cesaban e iban pasando las horas sin que yo pudiera dormir. Incluso con el nerviosismo llegué hasta a pensar que podían haber resucitado todos los cadáveres que estábamos encontrando. Cuando llegó el alba pude ¡por fin! vislumbrar que una de las cabras que se criaban por la casa había decidido pasar la noche conmigo y se había dedicado, en su afán de rumiante, a tocar y a cambiar de sitio todos los huesos que tenía depositados en la habitación. Respiré tranquilo: los muertos no habían resucitado, pero yo esa noche la había pasado en blanco.

Otro día decidimos Eduardo del Val Caturla y yo, tras finalizar nuestra jornada de trabajo, darnos un paseo por el pueblo de Totana. Como hacía tanto calor íbamos ataviados con pantalones cortos. Él los llevaba siempre, pero yo no tenía y me había prestado unos suyos para combatir las altas temperaturas veraniegas de la zona. Los niños de la localidad en cuanto nos vieron empezaron a arremolinarse cerca de nosotros, a mirarnos sin cesar y a cuchichear entre ellos. Al principio la única explicación que encontramos más lógica al motivo de esa actitud era que no estaban acostumbrados a ver forasteros, pero cuando alcanzamos a oír lo que comentaban entre ellos cada vez en voz más alta *“seguramente son futbolistas” “sí, deben ser futbolistas”* no pudimos evitar una sonrisa, pues evidentemente en aquellos tiempos a nadie se le ocurría salir a pasear a la calle en pantalones cortos.

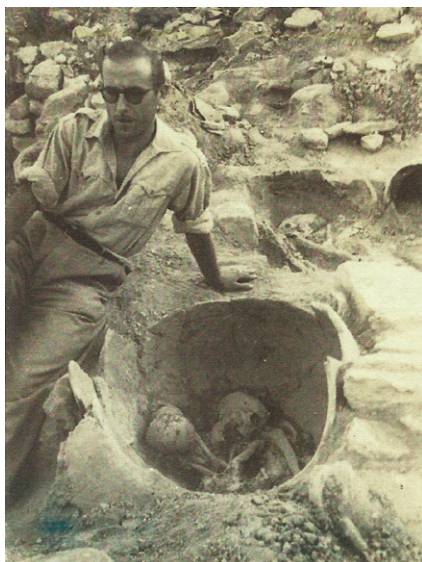
El día 26 de septiembre terminó nuestra excavación en La Bastida con unos excelentes resultados: 102 sepulturas excavadas que albergaban 52 cadáveres de adultos, 7 adolescentes y 29 niños, con sus correspondientes ajuares. Más numerosos materiales de sílex, hueso, metal y cerámica. Trazados de muros que llegaban hasta los dos metros y varias viviendas. Estábamos plenamente satisfechos con nuestro trabajo realizado y éramos conscientes de su importancia pero no nos atrevimos a dar por hecho que nos hallábamos ante un yacimiento arqueológico tan transcendental y único en su datación como está quedado demostrado en la actualidad tras las intensas y continuadas excavaciones que está realizando el equipo de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Años más tarde de agosto a septiembre de 1948 participé en una nueva campaña arqueológica en La Bastida. El Comisario Director fue igualmente D. Julio Martínez Santa-Olalla, que seguía siendo Director del Seminario de Historia Primitiva. La dirección de la misma corrió a cargo de Vicente Ruíz Argilés y mía.

>

Figura 3.

Escena de desayuno en la casa del Pantano (agosto de 1944). En primer plano, de derecha a izquierda, Bernardo Sáez, Carlos Posac, Juan Cuadrado (con una niña sentada sobre sus rodillas) y Julio Martínez Santa-Olalla; en segundo plano, a la izquierda, Vicente Andrés.



^

Figura 4.

Carlos Posac junto a la sepultura número 2 de La Bastida (campana de 1948).

Los trabajos se iniciaron al Norte de los realizados en las anteriores campañas. Excavamos un área de 160 metros cuadrados con una profundidad de 2 metros y descubrimos 15 tumbas más.

Entre los numerosos hallazgos de esta etapa llama la atención una urna sepulcral junto a la que yo aparezco fotografiado y que en la Memoria realizada constaba como Sepultura nº 2. (Fig. 4).

A pesar de los años transcurridos continúan las excavaciones arqueológicas en La Bastida y me satisface enormemente saber que sus hallazgos son cada vez más excepcionales ya que pienso que nuestro modesto trabajo de entonces, carente de todos los medios que ahora se utilizan sirvió, por lo menos, para sentar las bases de que en esa zona merecía la pena realizar todos los esfuerzos necesarios dada la riqueza de los resultados.

